

firiendo perecer peleando á morir de hambre, salieron de noche del castillo (12 de abril), bajaron la escarpada cuesta á la carrera, cruzaron intrépidamente el camino, repeliendo los puestos franceses; mas por una fatalidad, cuando habian franqueado ya la montaña, descarriado aquel valiente gobernador fué hecho prisionero con tres compañías. El resto hasta 1,200 hombres se salvó con el oportuno auxilio del teniente coronel de artillería don Miguel Lopez Baños, que entró con ellos en Vich, libre entonces de franceses.

Y sin embargo, poco satisfecho Napoleon de las operaciones del mariscal Augereau, retiró el mando de Cataluña, trasfiriéndole al general Macdonald, duque de Tarento, recién elevado á la dignidad de mariscal. El nuevo jefe se propuso sustituir la dulzura á la severidad y dureza del duque de Castiglione, para tentar si por este medio se podría captar las

voluntades de los naturales del país. Pero la equidad y la moderación, observa á este propósito un escritor francés, nada podían sobre hombres resueltos á rechazar toda dominación extranjera.—Veamos ya lo que hizo Suchet, á quien dejamos dispuesto á acometer el sitio de Lérida.

Población entonces Lérida de unas 12,000 almas, aunque aumentada con los paisanos que á ella se habian refugiado, asentaba sobre una colina á la orilla derecha del Segre; defendida por el fuerte de Garden, y principalmente por el castillo situado en la cumbre del cerro al extremo opuesto de aquel, y por algunos reductos que nuevamente se habian ejecutado en la meseta de Garden, circundándola en el resto de su recinto un muro sin foso; punto militar importante, como llave que se la considera de Aragón y de Cataluña, y por lo mismo objeto de encarnizadas luchas en todas las guerras



FERNANDO VII

desde los tiempos mas remotos, contaba á la sazón con 8,000 defensores, inclusa la tropa de don Felipe Perena que acababa de llegar de Balaguer, no atreviéndose á esperar allí al enemigo. Era gobernador de la plaza don Jaime García Conde. El 13 de abril se presentó Suchet delante de Lérida llevando consigo las dos terceras partes de su ejército de Aragón. El general O'Donnell con laudable actividad se puso en marcha desde Tarragona con objeto de socorrer del modo que pudiese la plaza. Fiado en un movimiento del enemigo, se aproximó á ella mas de lo que conviniera (23 de abril); así fué que revolviendo de repente Suchet, sobrecogió al general español, y arrollando sus coraceros á nuestra caballería desordenáronse dos de las tres columnas, de modo que batallones enteros quedaron prisioneros del enemigo; O'Donnell con la gente que pudo recoger se retiró en buen orden á Montblanch.

Orgullosos los franceses con este triunfo, embistieron aquella misma noche los reductos del fuerte de Garden, logrando ocupar uno de ellos, pero siendo luego obligados á evacuarle y retirarse. Al otro día invitó Suchet al gobernador á que enviara persona de su confianza y que pudiera certificarle la derrota de la víspera, y que no habia quien pudiera socorrer la plaza. «Señor general, le respondió dignamente García Conde, esta plaza nunca ha contado con el auxilio de ningún ejército.» De lamentar es que le durara poco aquella firmeza. El 29 de abril comenzaron los enemigos los trabajos de trinchera entre los baluartes de la Magdalena y el Carmen. No se notaba energía de parte de los defensores: la artillería de los sitiadores comenzó á jugar el 7 de mayo, y el 12 hicieron practicable la brecha. De los dos reductos del Garden que fueron atacados aquella noche, el de San Fernando se defendió tan porfiada y heroicamente que solo quedaron con vida 60 hombres de los 300 que le guarnecían. El 13 fué asaltada y entrada la ciudad por las tropas del general Habert: soldados y habitantes, viendo que eran todos acuchillados, se refugiaron precipitadamente al castillo, colmándose aquel recinto de gente, militares, paisanos, niños y mujeres. Las bombas que inmediatamente mandó arrojar Suchet sobre el castillo causaron horrible estrago en la gente allí apiñada, y fuese que al gobernador le ablandaran los lamentos de tantos infelices, fuese que le abandonara la firmeza ó que flaqueara su lealtad (1), al siguiente día capituló, se enarbó el estandarte

(1) De poco leal le acusó la opinion, confirmándose el juicio de los

blanco en el castillo, y desfiló la guarnición con los honores de la guerra, depositó armas y banderas, y fué conducida á Francia. Gran pérdida fué para nosotros la de Lérida; los enemigos encontraron allí numerosa artillería y abundantes provisiones: quedaba sumamente debilitado nuestro ejército de Cataluña.

Rendida Lérida, pensó Suchet en apoderarse de la plaza de Mequinenza, situada en la confluencia del Ebro y del Segre, cuya principal defensa era tambien su castillo colocado en una alta y descarnada montaña que sirve como de barrera á los dos rios. Guarnecíala 1,200 hombres. Encomendó Suchet el sitio y ataque al general Musnier. No habia camino por donde los franceses pudieran llevar su artillería, y les fué preciso abrirla á través de las ásperas montañas que por la parte de Occidente guardan nivel con la posición del castillo, elevado y aislado por todos los demás puntos. Merced á esta difícil y penosa operación, en que emplearon desde el 15 de mayo hasta el 1.º de junio, y en cuyo intermedio tomaron tambien posiciones á las orillas de los dos rios, lograron los franceses aproximar al castillo su tren de batir. En la noche del 2 al 3 se abrió la brecha; en la del 4 al 5 penetraron los sitiadores en la villa, y saquearon é incendiaron muchas casas. Tres días despues, arruinadas las principales defensas del fuerte, y sin abrigo alguno ya contra los fuegos exteriores, rindióse la guarnición, quedando prisionera de guerra (8 de junio).

Nuestras pérdidas por aquellas partes se sucedían con rapidez. Y de este modo se iba el enemigo afianzando y fortaleciendo en las poblaciones fronterizas de los tres reinos de Valencia, Aragón y Cataluña, y preparándose así para nuevas empresas. Con todo eso los nuestros no cesaban de trabajar á fin de no dejarle arraigarse impunemente. Aun durante las operaciones de Lérida y de Mequinenza, en Aragón peleaban diariamente nuestras columnas y partidas, no dejando á los franceses momento de reposo. Don Francisco Palafox y don Pedro Villacampa, con alguna mas fortuna este que aquel, intentaban sorpresas mas ó menos atrevidas, hasta que perseguido el último por el general polaco Klopicki tuvo que irse retirando hasta Cuenca. Proseguian tambien en Cataluña

que así pensaban con verle mas adelante tomar partido por los franceses. Sin embargo escritores españoles de nota le salvan de este cargo, atribuyendo su floja defensa, ó á cualidades de su carácter, ó á su mala estrella.

los somatenes y guerrilleros hostigando al enemigo con acometidas parciales. El ejército, aunque muy menguado, nunca se daba por vencido, y O'Donnell estableció de nuevo en Tarragona la base de sus operaciones.

Digamos algo de lo que en la primera mitad de este año habia acontecido en otros puntos de España.

Cuando el general Blake, encargado de reorganizar el ejército del centro, fué llamado por la Regencia á la isla de Leon, segun en su lugar dijimos, quedó al frente de las tropas que aquel mandaba, acrecidas ya, merced á su celo y diligencia, hasta mas de 12,000 hombres, el general Freire, ocupando los confines de los reinos de Granada y Murcia. Una expedición que á poco tiempo hizo en aquella dirección el general Sebastiani, le obligó á replegarse y buscar seguridad en Alicante, enviando una de sus divisiones á Cartagena. Sebastiani se corrió por Baza y Lorca hasta Murcia, en cuya ciudad entró sin obstáculo (23 de abril). Era la rica y populosa ciudad de Murcia una de las pocas poblaciones importantes de España en que no habian penetrado todavía tropas francesas. Bien cara pagó esta primera ocupación. Aunque Sebastiani anunció á su entrada que respetaria las propiedades y las personas, al día siguiente, so pretexto y aparentando enojo de que no le hubiese recibido el ayuntamiento con salvas y repique de campanas, y de que el cabildo no hubiera salido á recibirle y cumplimentarle cuando fué á visitar la catedral, impuso al vecindario una multa de cien mil duros, que al fin á fuerza de ruegos rebajó á la mitad; y respecto al cabildo, despues de haber hecho interrumpir los divinos oficios y de hacer llevar preso á un canónigo en traje de coro, ordenó que en el término de dos horas se le entregasen todos los fondos de la iglesia; y como le suplicasen que alargase siquiera á cuatro horas el plazo, «Un conquistador, respondió con desdenosa altivez, no revoca lo que una vez manda.»

Y aun habria sido de agradecer que se contentaran con esto él y su gente; y no que así se extendió su rapacidad á los conventos como á otros establecimientos públicos, y aun á las casas particulares. Y como si este hubiese sido el exclusivo objeto de su correría, satisfecho que fué, á los dos ó tres días evacuaron la ciudad, no tardando tampoco en retirarse de la provincia luego que esquilmaron aquel rico suelo hasta entonces por ellos no explotado. Así era la irritación que en pos de sí dejaban en los naturales. La gente de la Huerta comenzaba ya á alborotar, y como ya no encontrase á los franceses cuando entró en Murcia, vengóse en los que, con fundamento ó sin él, eran tenidos por aficionados á ellos; entre otros fué tomado equivocadamente por tal el corregidor interino, costándole tan lamentable error no menos que la vida. Los pueblos tocaban ya á rebato por donde los franceses se volvían. Freire se quedó en Elche, enviando otra vez parte de sus tropas á la frontera de Granada, en cuyo reino, y mas principalmente en la áspera sierra de la Alpujarra, se movían tambien las guerrillas, distinguiéndose entre los partidarios Mena, Villalobos, y otros audaces caudillos.

En Extremadura se hallaba el ejército de la izquierda, puesto otra vez por la junta de Sevilla, y despues por la Regencia á cargo del marqués de la Romana. Habíase ido aumentando hasta 26,000 infantes: faltábale caballería, pues solo contaba con 2,000 jinetes, de ellos la mitad desmontados; falta grande en aquel país. La Romana le habia distribuido colocando á su izquierda á la parte de Albuquerque dos divisiones, mandadas por don Gabriel de Mendizabal y don Carlos O'Donnell, hermano de don Enrique, y otras dos á su derecha y lado de Olivenza, regidas por Senen de Contreras y Ballesteros. Servíanle de apoyo las plazas fronterizas de Portugal, y la proximidad del ejército británico. El lector recordará que cuando el rey José invadió la Andalucía, el mariscal Mortier, duque de Treviso, que mandaba el 5.º cuerpo, revolvió á Extremadura, se presentó delante de Badajoz, intimó la rendición de la plaza, y en vista de la dura respuesta que recibió del gobernador retiróse á Llerena (12 de febrero), donde estableció su cuartel general, dándose la mano con el 2.º cuerpo que regia el general Reynier, el cual en principios de marzo sentó sus reales en Mérida. Pues bien, desde entonces, aunque no hubo en Extremadura batalla alguna formal, no cesaron de marzo

á junio los combates y refriegas, mas ó menos empeñadas. Sosteníanlas principalmente, por la derecha Ballesteros con el cuerpo de Mortier, dándose á veces la mano con las guerrillas y columnas españolas que peléaban en el condado de Niebla, por la izquierda don Carlos O'Donnell con las tropas de Reynier. Permanecieron en aquellas partes los dos cuerpos franceses hasta recibir las órdenes imperiales para la gran expedición á Portugal.

Con este propio objeto, y para preparar aquella expedición que habia de dirigir como jefe el célebre mariscal Massena, duque de Rivoli, y asegurada ya para ello la derecha de aquel reino con la ocupación de Asturias y de Astorga, habíase dado orden al mariscal Ney para que embistiera la plaza de Ciudad-Rodrigo, y así lo verificó á últimos de abril. Gobernábala el honrado y valeroso veterano don Andrés Perez de Herrasti, con una guarnición de 5,500 hombres, y unos 240 jinetes que acaudillaba el intrépido don Julian Sanchez. Confiaban unos y otros en el auxilio que debería prestarles el general del ejército inglés lord Wellington, que se hallaba con su cuartel general en Viseo. Pero tambien por este temor aglomeraron los franceses en torno á la plaza desde el 25 de abril hasta el mes de junio una masa de 50,000 hombres mandados por los generales Ney, Junot y Montbrun. A pesar de tan inmensa fuerza empleada contra una débil plaza, los sitiados sostenían reencuentros diarios, hacían salidas impetuosas, y contestaba con firmeza á las intimaciones el gobernador Herrasti. Mantuvieron así hasta últimos de junio, en que los franceses comenzaron á cañonearla con 46 piezas que formaban siete baterías.—Dejaremos para otro capítulo la historia de este importante sitio, considerándole como el principio de la anunciada expedición á Portugal.

Mas no terminaremos el presente sin dar cuenta de un suceso, que aunque no enlazado directamente con las operaciones militares, á haber tenido el desenlace que se buscaba, hubiera influido en el éxito de la guerra mas que los planes mejor combinados, y mas que algunas victorias ganadas al enemigo; de una tentativa que, aunque malograda, hizo gran ruido y sensación en Europa, y fué ocasion para que se publicaran documentos, cualquiera que fuese su autenticidad, de gran interés histórico, y de la mayor importancia para la nación española: todo lo cual aconteció en la primera mitad del año 1810 que este capítulo abarca, por cuya razón lo comprendemos en él.

En tanto que acá los españoles derramaban copiosamente su sangre y se sacrificaban tan patriótica y heroicamente como hemos visto por conservar y devolver á su querido Fernando el trono y la corona que le habia arrancado Napoleon, aquel monarca y los príncipes sus hermanos continuaban confinados en Valencey, donde, al decir de bien informados escritores, tenían una vida poco variada, alternada con algun sarao ú otro entretenimiento que de cuando en cuando les proporcionaba la esposa del príncipe de Talleyrand, saliendo pocas veces del circuito del palacio, casi siempre en coche, no hallando dentro de él distracción en la lectura por parecerles peligrosos los libros que en la biblioteca del edificio habia, y entreteniéndose solo en algunas obras de manos, especialmente en las de torno á que el infante don Antonio era muy aficionado. Habian sido alejados de su compañía y destinados á varias ciudades de Francia sus mas íntimos amigos, entre ellos el duque de San Carlos y el canónigo Escoiquiz, quedando solo á su lado como primer caballero don José Amézagaga, pariente del último. Contemplaban y compadecían los españoles á sus príncipes como cautivos en Valencey, suponiéndolos agobiados de amargura y de despecho y con el pensamiento fijo en su España y sus españoles. Varios proyectos se habian presentado al gobierno para que Fernando pudiera evadirse de la prisión de Valencey, y todos habian sido desechados por creerlos irrealizables. No pensó del mismo modo el gabinete inglés con uno que á principios de este año le fué presentado con el propio objeto por el baron de Kolly.

Carlos Leopoldo, baron de Kolly, irlandés segun unos, borjoñon segun otros, jóven travieso y astuto, y que habia desempeñado ya algunas comisiones de espionaje secreto, presentóse á la corte de Inglaterra con un plan para sacar á

Fernando de Valencey, y trasladarle a un puerto de España, ofreciendo ejecutar por sí mismo el pensamiento. Agradó este al monarca británico, y apoyado por el ministro marqués de Wellesley, embajador que había sido cerca del gobierno español, diéronse al baron documentos y papeles que acreditaran su persona ó inspiraran confianza á Fernando (1), y proveyéronle de pasaportes, itinerarios, estampillas y sellos. A su regreso los esperaba á él y al príncipe en Quiberon una escuadrilla con viveres para cinco meses. Con esto, y con letras abiertas contra la casa de Maensoff y Clanoy, y con diamantes que para un caso llevaba, emprendió su marcha aventurera. Mas á los pocos días de haber llegado á París, y cuando se preparaba á proseguir su empresa, fué descubierta la trama, dicen que por su mismo secretario, al ministro de Policía Fouché, quien le encerró en el castillo de Vincennes (marzo de 1810). Parecióle al ministro que era buena ocasión de sondear el ánimo del príncipe español, y propuso á Kolly que fuese á Valencey y siguiera representando su papel, prometiéndole en recompensa su libertad y asegurar la suerte de sus hijos. Kolly rechazó con dignidad tan inícuca propuesta, prefiriendo los calabozos de Vincennes á conducirse como traidor (2).

En vista de su repulsa valióse la policía de un cierto truhan llamado Richard, á quien encomendó que fingiendo ser el mismo Kolly, y llevando sus mismas credenciales y documentos, se introdujese en el palacio de Valencey en traje de buhonero, y so pretexto de vender objetos curiosos viesse de hablar á Fernando, y presentándole los papeles proponerle la fuga. Hízolo así el bellaco de Richard, avocándose primero con Amézaga (2 de abril); mas apenas se enteró Fernando de la proposición, fuese que comprendiera ser el tal emisario un echadizo de la policía, fuese que faltara al príncipe valor para la fuga, ó que quisiera hacer méritos con Napoleón, con quien de nuevo anhelaba emparentar (que todas estas interpretaciones se dieron, y no es fácil en tales casos averiguar la verdad), no solo se mostró irritado de la propuesta, sino que lo hizo denunciar todo al gobernador Berthemy, á quien escribió también él mismo (4 de abril), diciéndole entre otras cosas: «Lo que ahora ocupa mi atención es para mí un objeto del mayor interés. Mi mayor deseo es ser hijo adoptivo de S. M. el emperador, nuestro soberano. Yo me creo merecedor de esta adopción, que verdaderamente haría la felicidad de mi vida, tanto por mi amor y afecto á la sagrada persona de S. M. como por mi sumisión y entera obediencia á sus intenciones y deseos.» El gobernador Berthemy lo puso todo en conocimiento del ministro de Policía (6 de abril), y sobre ello se formó un proceso, continuando el baron de Kolly encerrado en los calabozos de Vincennes (3).

Llegaban en verdad en mala ocasión, así el emisario verdadero como el fingido; pues por una fascinación lamentable (ni nueva, ni transitoria, pues le duró por desgracia mucho tiempo) se hallaba entonces Fernando muy empeñado en congraciarse con Napoleón, y se desviaba por hacersele acepto y agradable, como quien otra vez aspiraba, como al colmo de la dicha, á enlazarse con una princesa de la familia imperial. Cuando Napoleón, verificado el divorcio con la emperatriz Josefina, casó con la archiduquesa María Luisa de Austria, nuestro confinado de Valencey que antes le había felicitado por sus triunfos, le dirigió el mas lisonjero pláceme por sus bodas, encargando al conde de Alberg le pusiera en las manos imperiales (21 de marzo); y no contento con esto, y para mostrar mejor su entusiasmo, hizolo celebrar con fiestas

(1) Eran aquellos documentos una carta original de Carlos IV, escrita en latín, al rey de Inglaterra, cuando Fernando casó en segundas nupcias con la princesa María Antonia de Nápoles, y dos escritas del mismo monarca inglés para el angusto prisionero. Hoy se encuentran unas y otras traducidas é impresas.

(2) En efecto, permaneció en ellos (y no fué poca fortuna que no le impusiesen mayor castigo) hasta la caída de Napoleón. Despues vino á España, y obtuvo de Fernando, bajo ciertas condiciones, un privilegio para introducir harinas en la isla de Cuba con bandera española.

(3) Todas estas cartas y documentos se publicaron en el Monitor del 26 de abril, y traducidas por don Juan María Blanco se insertaron también despues en las Memorias de Nellerro, tomo II.

y regocijos en su palacio de Valencey, fiestas en que no se escasearon los vivas y los brindis al emperador y á la nueva emperatriz (4). El objeto de estas demostraciones descubrióse bien á los pocos días (4 de abril), en la carta á M. de Berthemy de que acabamos de hacer mérito, en que ya le revelaba su deseo de ser hijo adoptivo de Napoleón. Si así era, lo cual parece inverosímil y repugna creerlo, ¿cómo había de aceptar el proyecto de evasión con que en tales circunstancias se le convidaba?

Napoleón, á quien interesaba presentar á Fernando á los ojos de la Europa, y principalmente á los ojos de los españoles, como un príncipe que le estaba enteramente sometido, que no pensaba ya ni en el trono ni en las cosas de España, y por quien los españoles harían muy mal en seguir derramando su sangre, hacia publicar todas estas cartas en el Monitor, como antes había publicado las cartas de Aranjuez pidiéndole una de sus sobrinas por esposa, y las felicitaciones por sus victorias dirigidas desde Valencey. Fernando, no comprendiendo sin duda los artificiosos designios de Napoleón, y conduciéndose como un inocente, en vez de sentir esta publicidad le daba gracias por ella, y le decía: «Señor, las cartas publicadas en el Monitor han dado á conocer al mundo entero los sentimientos de perfecto amor de que estoy penetrado á favor de V. M. I. y R., y al propio tiempo mi vivo deseo de ser vuestro hijo adoptivo.... Permitid, pues, Señor, que deposite en vuestro seno los pensamientos de un corazón que, no vacilo en decirlo, es digno de pertenecer por los lazos de la adopción. Que V. M. I. y R. se digne unir mi destino al de una princesa francesa de su elección, y cumplirá el mas ardiente de mis votos. Con esta unión, además de mi ventura personal, lograré la dulce certidumbre de que toda Europa se convencerá de mi inalterable respeto á la voluntad de V. M. I. y que V. M. se digna pagar con algun retorno tan sinceros sentimientos.... (3 de mayo).»

Aunque los ejemplares del Monitor no se esparcian entonces mucho por España, hicieron no obstante venir algunos, porque interesaba al gobierno francés de Madrid y de París hacerlos conocer, y fué en efecto conocida esta correspondencia, no de todo el pueblo por fortuna, pero sí de bastantes españoles, y lo fué del Consejo de España é Indias, donde además el consejero conde de Torremuzquiz la denunció, añadiendo: «Que sabía que el emperador de los franceses tenía decretado el enlace de nuestro monarca Fernando VII con la hija de su hermano José, intruso rey de España, declarándole en su virtud príncipe de Asturias con derecho á la corona de España, aun cuando su hermano tenga hijo varón, con la cualidad de que en lo sucesivo no se ha de nombrar Fernando de Borbon, sino Fernando Napoleón, por haberle declarado S. M. I. su hijo adoptivo á consecuencia de la carta que Fernando VII le había escrito (5).»

Los españoles que conocían los documentos insertos en el Monitor teníanlos por apócrifos, y los miraban como una invención pérfida de Napoleón á fin de desconceptuar á Fernando para con los que por él se sacrificaban. Y no es extraño que pensaran así, porque si parece inverosímil que toda aquella correspondencia fuese fraguada por el gobierno imperial con un designio inicuo, sin que el interesado en ella reclamase de calumnia, y se quejase de la injuria que se le infería, no parece menos inverosímil que el cautivo de Valencey se prosternase á tal extremo, y correspondiera de un modo tan inaudito á los sacrificios que por él esta nación generosa estaba haciendo. Así lo interpretó el Consejo, atribuyéndolo á

(4) Descripción de estas fiestas hecha por el gobernador Berthemy en comunicación al ministro de Policía Fouché.

(5) Sesión del Consejo de 9 de junio de 1810. Señores que asistieron: el decano del Consejo, don Manuel de Lardizabal, don Bernardo de Riega, don José María Puig, don Sebastian de Torres, don José Navarro, don Antonio Ignacio de Cortabarría, don Ignacio Martínez de Villela, don Miguel Alfonso Villagomez, don Vicente Duque de Estrada, don Tomás Moyano, don Pascual Quilez, don José Salcedo, conde de Torremuzquiz, don Ignacio Omnibrian, don José Pablo Valiente, don Tadeo Galisteo, don Antonio López Quintana, el baron de Casa Davalillo, don Francisco López Lisperguer, don Lope Peñaranda, don Francisco Javier Romano, don Vicente Alcalá Galiano, don Antonio Ranz Romanillos.

CAPÍTULO XI

PORTUGAL.—MASSENA Y WELLINGTON

La guerra en toda España.—Situación del rey José

(Junio á fin de diciembre)

1810

Fuerza militar francesa que había en España y su distribución.—Preparativos para la famosa expedición á Portugal.—Sitio de Ciudad Rodrigo.—Capitulación y entrega de la plaza.—Abandono en que la dejaron los ingleses.—Proclama de Massena á los portugueses desde Ciudad-Rodrigo.—Sitio y toma de Almeida.—Desaliento de los ingleses y firmeza de Wellington.—Los franceses en Viseo.—Ataque y derrota de estos en la montaña de Busaco.—Retirase Wellington á las famosas líneas de Torres-Vedras.—Descripción de estas posiciones.—Detiéndose Massena.—Fuerza y recursos respectivos de ambos ejércitos.—Impasibilidad de Wellington.—El francés hostigado por todas partes.—Misión del general Foy á París.—Auxilios al ejército francés.—Sucesos de Extremadura, del condado de Niebla y del Campo de Gibraltar.—Expediciones de Lacy.—Estado del bloqueo de la Isla.—El general Blake en Murcia.—Invade este reino el general Sebastiani.—Retirase escarmantado.—Acción de Baza, desgraciada para los españoles.—Sucesos de Valencia.—Desmanes del general Caro.—Es reemplazado por Bassecourt.—Aragón y Cataluña.—Celebre sitio de Tortosa.—Operaciones de los generales franceses Macdonald, Suchet, Habert y Leval.—Id. de los españoles O'Donnell, Campoverde y otros.—Audaz y hábil maniobra de O'Donnell sobre la Bisbal.—Dificultades del sitio de Tortosa.—Movilidad y servicios de Villacampa.—Cómo fué llevada la artillería francesa por el Ebro.—Ataque terrible de la plaza.—Capitula la guarnición.—Organización y servicio de las guerrillas en toda España.—Revista de los principales guerrilleros que se movían en cada provincia y en cada comarca del reino.—Disgustosa y desesperada situación del rey José, y sus causas.

A mas de 300,000 hombres hacen subir los escritores españoles las fuerzas que tenía Napoleón en España en junio de 1810: á 270,000 las reducen los historiadores franceses que quieren ser tenidos por mas imparciales (2). «Con tan considerables fuerzas, dice uno de estos (y éranlo en verdad, aun suponiendo que no excedieran de la última cifra), lisonjébase el emperador de someter fácilmente las plazas de Cádiz y de Badajoz, y de arrojar el ejército inglés de Portugal, creyendo poder dispensarse ya de disimular mas tiempo sus proyectos sobre la España.» La expedición á Portugal era sin duda el pensamiento que preocupaba mas á Napoleón, la empresa en que había mostrado mas interés, y de la que mas se prometía. Como principio de ella, y para no dejar aquel padrastró á la espalda, era menester apoderarse de la plaza española de Ciudad-Rodrigo, fronteriza de aquel reino, cuyo sitio dejamos pendiente en el anterior capítulo, defendiéndose heroicamente los sitiados. Muchos fueron sus actos de heroísmo.

El 25 de junio comenzaron el ataque general los cañones, obuses y morteros de las siete baterías enemigas, y el 26 batieron en brecha, y derribaron el torreón llamado del Rey. El 28, habiendo llegado ya á su campo el mariscal Massena, intimó Ney á su nombre la rendición de la plaza. «Despues de 49 años que llevo de servicios, contestó serenamente el bravo gobernador Herrasti, conozco las leyes de la guerra y mis deberes militares.... Ciudad-Rodrigo no se halla en estado de capitular.» Soldados, hombres y mujeres de la población participaban del espíritu de aquel denodado jefe; ayudábanle

(2) Estaban distribuidas de la manera siguiente: ejército del Mediodía, en Andalucía, los cuerpos 1.º y 4.º; mariscales Víctor y Sebastiani; general en jefe el duque de Dalmacia; fuerza, 55,000 hombres.—ejército de Cataluña, 7.º cuerpo, mariscal Macdonald, duque de Tarento; fuerza, 36,500.—ejército de Aragón, 3.º cuerpo, mariscal Suchet; fuerza, 27,000.—ejército del Centro, Castilla la Nueva, general en jefe el rey José; fuerza, 19,000.—ejército de Portugal, cuerpos 2.º, 6.º y 8.º; mariscales Reynier, Ney, Junot; general en jefe, Massena; fuerza, 64,000.—Extremadura, 5.º cuerpo, mariscal Mortier; no consta su fuerza.—Asturias y Santander, general Bonnet; 13,000 hombres.—Valladolid, Palencia y Toro, general Kellermann; 16,000.—Burgos, general Dorsenne; 10,500.—Vizcaya, Thouvenot; 10,000.—Navarra, general Dufour; 7,000.—Camino de Valladolid, tropas de refresco que entraron de Francia, 9.º cuerpo; general conde de Erlon; 12,000.

una insidiosa maniobra de Napoleón, enderezada á desacreditar á Fernando y enajenarle el amor de sus súbditos, á ganar en España por la astucia y las malas artes lo que veía serle ya muy difícil, si no imposible, por la fuerza y por las armas, ó á preparar acaso por este medio la realización del enlace matrimonial que se suponía solicitaba Fernando.

Parecióle no obstante al Consejo materia harto grave, y pasó la moción de Torremuzquiz á informe de sus dos fiscales, para que expusieran lo conveniente en negocio de tanta entidad para la nación. Evacuado por estos el informe, y visto y aprobado en Consejo pleno, se acordó excitar á la Regencia á que hablara á los españoles de ambos mundos de un modo solemne y por medio de un manifiesto, á propósito para tranquilizar los ánimos, y que entre tanto se detuviera la salida de todo buque para América á fin de impedir que se trasmitieran antes á aquellos países tan alarmantes noticias. Pero lo notable de esta consulta era que á juicio del Consejo el remedio mejor y mas eficaz para destruir los nuevos artificios de Napoleón y salvar el trono y la nacionalidad española era la pronta celebración de las córtés. «El Consejo entiende (decía) de absoluta necesidad y de sumo interés que en el manifiesto se asegure la pronta celebración de las córtés, y que se cumpla y realice luego luego esta grande obra, pues ella es el medio mas prudente, el mas poderoso, y acaso el único que puede salvarnos.» Y mas adelante: «Las córtés para luego luego, y del mejor modo posible, pueden ser nuestro remedio.» Y por último: «Urgen, señor, las córtés; y no hay reparo en que se celebren legítimamente con los diputados posibles, porque la necesidad dispensa y recomienda lo mismo que en otras circunstancias no debería ejecutarse.... (1).» Concluía la consulta pidiendo la libertad de la imprenta, como un medio conveniente á la defensa y felicidad de la nación.

Ideas notables, y en verdad bien extrañas en boca de una corporación que pocos meses hacia se había mostrado hasta desafecta á la celebración de córtés, y que en su famosa consulta de 4 de febrero pidió, y lo consiguió, que en la fórmula del juramento de los regentes se suprimiera lo que se refería á la convocatoria, diciendo que no se tratara de córtés mientras no mudara mucho el estado de la nación. Pero cualquiera que fuese la causa de esta novedad en las opiniones del Consejo, sus últimos deseos se vieron cumplidos, puesto que al tiempo de poner los ministros sus rúbricas en la consulta (19 de junio), se encontraron con un decreto de la Regencia, convocando las córtés del reino para el próximo mes de agosto.

Dado cuenta de este interesante episodio político, cumples ahora volver á las operaciones militares que dejamos pendientes.

(1) Consulta del Consejo de 17 de junio.